

# Religiosidad centrífuga: ¿un catolicismo sin Iglesia?

Millán Arroyo Menéndez \*

## 1. Con Dios pero de espaldas a la Iglesia

Resulta hoy más que palpable el distanciamiento actual de la sociedad respecto de la Iglesia Católica. Desde hace ya más de tres décadas España está viviendo un proceso de desinstitucionalización religiosa que aún no ha tocado fondo, y cuyo resultado está siendo el alejamiento progresivo "en cuerpo y alma" de la Iglesia de grandes contingentes de población. Las prácticas religiosas han caído –y siguen cayendo– en picado, mientras la importancia de la religión disminuye y con esta la influencia de la Iglesia en la sociedad y en las conciencias individuales de los ciudadanos, sean estos creyentes o no.

Pero no por ello nos hemos convertido, ni parece que nos vayamos a convertir de momento, en una sociedad no religiosa. Puede parecer esta afirmación sorprendente para muchos, habida cuenta del avance de las posiciones laicas y del cada vez mayor

distanciamiento de la Iglesia de no creyentes y creyentes, pero es sin embargo un hecho constatado que la mayoría de los ciudadanos no renuncian por ello al sentimiento y a la expresión religiosa. Hace algunas décadas los sociólogos de la religión auguraban que el proceso de secularización desembocaría en una sociedad sin religión, pero el devenir de la historia sin embargo ha ido por otros derroteros, al menos de momento. La salida masiva del ámbito de influencia de la Iglesia no ha ido acompañada de un aumento proporcional de la incredulidad, ni ha dado paso a una sociedad sin religión o sin Dios. Sin embargo, pese a que hoy la mayoría de los ciudadanos apenas se relacionan con la Iglesia ni tienen en cuenta sus doctrinas en sus comportamientos privados, siguen creyendo mayoritariamente en Dios, siguen concediendo una importancia considerable a Dios en sus vidas y no pocos se siguen considerando personas religiosas e incluso siguen rezando.

\* *Profesor de Sociología. Universidad Complutense y Universidad Carlos III. Madrid.*

La secularización real (la constatada históricamente) nos está llevando a una sociedad cada vez más alejada de la Iglesia, en la que se mantienen sin desaparecer unas formas de religiosidad que se escapan a su influencia. Lógicamente estamos ante una situación de "mutación religiosa". Ante la desaparición o debilitamiento de las referencias institucionales, se abre paso un escenario más desordenado y menos predecible, en el que las aguas transcurren fuera de sus cauces. La religiosidad se abre a otros sentidos y vivencias más acordes con las nuevas mentalidades de los sujetos, pero lo hace (al menos de momento) en un marco no institucional, individualizado, lo que dificulta la consolidación de unas formas concretas de religiosidad alternativas a la tradicionales.

Lo que está ocurriendo en España no es ni específico de este país, ni del catolicismo, ya que se enmarca dentro de las tendencias generales observadas en los países europeos de raíz cristiana, sean estos católicos o protestantes. Es, eso sí, un fenómeno característico de la Europa occidental desarrollada. La sociedad española es un campo especialmente interesante para observar el nacimiento y desarrollo de estas formas de religiosidad centrífugas, debido a la convergencia de dos circunstancias. De un lado, el peso y la importancia que todavía tiene la religión en la población española, comparada con la de franceses, alemanes o ingleses, habitantes de los países bajos o de los nórdicos... De otro lado, son destacables los altos niveles de modernización cultural (o postmodernización) alcanzados en España; es decir, la mentalidad de los españoles ha experimentado una rápida y profunda transformación, al

hilo de los cambios sociales, la cual yendo mucho más allá de la mera recuperación del retraso histórico español (debido al franquismo), nos ha situado en una posición "muy avanzada" en mentalidad, en lo que se refiere a: apertura a lo nuevo, ruptura con las tradiciones, desvinculación institucional, búsqueda de nuevas formas de expresión y realización personal, ampliación y flexibilización de los límites de la libertad individual, etcétera.

## **2. Del cambio cultural al cambio religioso**

Así se explica que la sociedad española en su conjunto sea actualmente una de las sociedades más permisivas, tolerantes, "libertarias" y deseosas de novedades de nuestro entorno europeo y presenta una confianza escasa en las instituciones sociales en general. Es una de las que más aprecian la libertad y autonomía de los sujetos en sus comportamientos individuales, lo que conlleva por ejemplo a estar entre los más permisivos en aspectos tales como la libertad sexual, la tolerancia con la homosexualidad, el consumo de cannabis, el hedonismo y deseo de disfrute, el derecho de cada individuo a decidir su propia vida e incluso a interrumpirla (eutanasia)... No son estos aspectos ni mucho menos los únicos que caracterizan las nuevas mentalidades, pero se llama la atención sobre ellos por su importancia para reafirmar o replantear las posiciones religiosas. Esta combinación "española" de apertura a los cambios con una relativamente elevada presencia de lo religioso hace de España un observatorio privilegiado de la "migración religiosa". Una migración que se produce precisa-

mente como reacción frente a las posiciones de la ortodoxia católica.

Precisamente este rasgo individualizado y libertario de las nuevas mentalidades (presentes en mayor o menor medida en la mayoría de los sujetos) es uno de los que más colisionan con la cosmovisión proveniente de la ortodoxia católica, hasta el punto de constituirse el uno respecto del otro en verdaderas "antípodas" socioculturales; los valores de la ortodoxia son incompatibles con los valores provenientes de la modernización cultural y viceversa; no se puede ser moderno (léase "hombre de nuestro tiempo") si uno no se desprende antes de determinados valores, creencias y comportamientos sostenidos tradicionalmente por la ortodoxia católica y también, en otros países, por otras iglesias protestantes. En la medida que un sujeto interioriza el conjunto de valores y creencias moderno, se encuentra necesariamente abocado a redefinir su posicionamiento religioso, para evitar contradicciones y disonancias. El creyente actual que desea reafirmar su modernidad tiene básicamente tres alternativas: a) asumir su increencia; b) pasar a una situación tibia de indefinición o laxitud religiosa; c) reelaborar activamente su religiosidad para mantenerla.

Sobre el primero de los caminos, debemos señalar que el progresivo alejamiento de la Iglesia apenas ha repercutido hasta ahora en el aumento de la increencia, porque los sujetos no han necesitado desprenderse de toda su religiosidad para conciliarse con el mundo actual, sino sólo de algunos de sus elementos. La salida de la Iglesia ha tomado distintos rumbos, unos andados más frecuentemente y otros menos. Dicho aleja-

miento ha contribuido sobre todo (es el camino recorrido por la mayoría) al paulatino desdibujamiento de la religión y a su progresiva pérdida de influencia en las vidas de los sujetos. Muchos individuos siguen siendo creyentes y conservan su identidad de personas religiosas, cristianas o católicas, pero las expresiones religiosas apenas tiene presencia en la vida cotidiana. La mayoría de las personas (no irreligiosas o no arreligiosas) que han salido del ámbito de la Iglesia, responden a este perfil. Se trata de una religiosidad venida a menos y mucho menos influyente, la cual el individuo reelabora y selecciona "a la carta" en función de sus necesidades o sensibilidades concretas. Una religiosidad que raya en la indiferencia y que responde a necesidades "de ajuste existencial" o de búsqueda de sentido, que suelen darse de forma puntual en momentos importantes de la vida.

Pero existe también otro perfil de sujetos que es del que prioritariamente nos ocupamos ahora, el de personas con un grado de religiosidad considerable (que no han caído en la indiferencia religiosa o en la religiosidad ocasional "de ajuste existencial") que ya no siguen a la Iglesia, pero no por ello han dejado de seguir viviendo y practicando su religiosidad. Los religiosamente activos fuera de la Iglesia forman hoy una importante minoría, comparable en número a la de los autodenominados "católicos practicantes".

### **3. Importancia numérica y evolución**

Como mera aproximación al tamaño del colectivo, podemos barajar varios datos. Primero, el 17% de los españoles mayores de 18 años

cumplen la condición de rezar semanalmente por su cuenta sin tener la costumbre de ir a misa al menos una vez por semana, según datos de la Encuesta Social Europea de 2002. Segundo: la Encuesta Europea de Valores de 1999 coincide también en este mismo dato (17%) en estos mismos criterios. Tercero: según esta última fuente el 11% cumple la doble condición de rezar semanalmente y no confiar en la Iglesia Católica. Los que no confían en la Iglesia pero se consideran personas religiosas, son todavía más: un 19%. Es decir, el tamaño del colectivo, dependiendo de los distintos indicadores disponibles y las fluctuaciones de coyuntura, oscilaría entre un 11% y un 19%.

Para comparar la importancia de este tipo de religiosidad en el contexto de la sociedad española y medir su evolución, se ha elaborado con datos de encuesta la siguiente clasificación tipológica de formas de religiosidad:

- **Eclesiales** (22%). Católicos que confían en la Iglesia y asisten a misa semanalmente. (Confiar no significa necesariamente estar de acuerdo en todo, ni mucho menos, pero son el colectivo más próximo a la institución).
- **Laxos** (23%). Católicos que confían en la Iglesia y asisten a misa sólo ocasionalmente o nunca (20,5%) o católicos que asisten a misa pero no confían en la Iglesia (2,5%).
- **Centrífugos** (19%). Católicos (en su inmensa mayoría, aunque no todos) que se sienten personas religiosas, pero que no confían en la Iglesia y que no asisten regularmente a misa.
- **Arreligiosos** (35%). Ciudadanos que no confían en la Iglesia

y que no se consideran personas religiosas.

En distintas olas de encuesta encontramos las siguientes proporciones de individuos con arreglo a dicha clasificación (ver tabla):

<b>Tipología de religiosidades (%)</b>			
	<u>1980</u>	<u>1990</u>	<u>1999</u>
Eclesiales	33	25	22
Laxos	22	26	23
Centrífugos	14	17	19
Arreligiosos	31	32	35
N=	(2303)	(4147)	(2409)

*Fuente: Banco de datos ISSP (EVS + WVS).  
Elaboración propia.*

Puede apreciarse que los "religiosos centrífugos" son casi tantos como las personas vinculadas a la Iglesia, pero, lo que es más importante, se trata de una tendencia en alza; la religiosidad centrífuga es un fenómeno emergente que no deja de aumentar y es en España (más que en otros países europeos) especialmente elevada. Tanto en términos absolutos como relativos, su incremento desde 1980 es mayor incluso que el que experimentan los arreligiosos. Por otro lado, solo arreligiosos y centrífugos están en ascenso. Los laxos han dejado de aumentar, mientras los eclesiales continúan descendiendo.

#### **4. Las causas de su expansión**

Según los estudios empíricos sobre la religiosidad de los españoles todo apunta a que de lo que los ciudadanos se alejan no es tanto de la religión como de la institución eclesial. Algunas posiciones de la Iglesia chocan frontalmente con algunos rasgos

especialmente importantes (axiales) de las nuevas mentalidades, provocando la desvinculación del creyente con la institución y su "fuga espiritual". No se trata tanto, como algunos han pretendido, de que la Iglesia haya perdido capacidad de atracción sobre las nuevas generaciones debido al dominio del materialismo o la incredencia sobre la espiritualidad, sino más bien que esta Iglesia no ha sabido o no ha podido evitar un enfrentamiento con las nuevas reglas "sagradas" de la modernidad, un enfrentamiento que se salda con la inevitable pérdida de la parroquia y de las vocaciones. El fenómeno no es cosa del pasado. Sigue ocurriendo ahora y se hace cada vez más patente. Las tensiones actuales entre Iglesia y Estado Español son un buen ejemplo (pero tan sólo uno más) de la mala sintonía y del conflicto no resuelto entre los nuevos valores y creencias y la ortodoxia tradicional. Es más, el conflicto no sólo ocurre en España sino en otros países católicos y protestantes de nuestro entorno europeo.

Debería hacernos reflexionar sobre este punto el contingente tan grande de individuos que siguen rezando, hablando con Dios y siendo religiosamente activos por su cuenta, de forma individual, en una sociedad laica, secularizada, a menudo sin el amparo de una parroquia o de un grupo en el que actualizar y reforzar la creencia y la espiritualidad y con el no pequeño esfuerzo de tener que reelaborar y reinventar (redescubrir) su religiosidad, para adaptarla en consonancia con otras dimensiones de su mentalidad.

El individuo quiere ser, ahora más que nunca, dueño de su propio destino y se siente independiente y autó-

no respecto de las instituciones sociales, o de cualquier tipo de dogmas, o de cualquier sistema de reglas que trate de influirle "coercitivamente", es decir, desde el exterior de su conciencia. Es un individuo que ha descartado la existencia de verdades absolutas, se ha impregnado del relativismo cultural y ha desarrollado una sensibilidad ético moral contingente, relativista también, arraigada a un contexto y a una reflexividad individualizada (las referencias ético-morales no son externas sino se buscan en el interior del sujeto). La cosmovisión trascendente pierde fuerza frente a la emergencia de un inmanentismo cada vez más presente en el hombre actual. Ya no desea ser controlado ni por una religión ni por ninguna otra cosa, y, al contrario, desea sentir que tiene el control personal de su propia religiosidad, entre otras cosas de la vida.

Para esta mentalidad, fruto de una adaptación cultural ante procesos de cambio social profundos y continuos, resulta chocante en la Iglesia Católica (y en otras iglesias también) la resistencia a asumir cambios y a actualizarse. La mayoría de los creyentes (y más aún los no creyentes) consideran que la Iglesia se ha quedado anclada en el pasado y la desearían mucho más abierta al mundo actual, mucho más "empática" y comprensiva. Algunos de los aspectos menos comprendidos son los siguientes: su carácter jerárquico y autoritario, impermeable al proceso de democratización que han vivido el resto de instituciones sociales y que hoy representa un paradigma idealizado de organización social.

Para la mayoría de creyentes, la postura de la Iglesia es también considerada retrógrada en el tratamiento dado a la mujer desde la doctrina religiosa y en la liturgia. Que las mujeres

no puedan ser sacerdotes, ni obispos, ni cardenales, o la diferenciación de roles sociales atribuido a los géneros es algo que hoy despierta muchas suspicacias y rechazos. Tampoco se comprende ni toleran muchos creyentes que la Iglesia "se entrometa" (así se percibe) en los comportamientos privados, especialmente los relacionados con la sexualidad. No se comprende por ejemplo la insistencia en el valor de la castidad dados los tiempos que corren, o concretamente su postura ante el uso de anticonceptivos, ni en el seno del matrimonio, ni fuera de éste, ni mucho menos como armas para detener el avance del SIDA en el mundo, u otras enfermedades, o para controlar un crecimiento demográfico desordenado en el tercer mundo, o las reticencias a las relaciones sexuales fuera del matrimonio. La libertad sexual es hoy un valor tan importante y apreciado que incluso ha cambiado la visión del celibato; no sólo ha dejado de ser una reconocida virtud para empezar a ser visto como algo arcaico y poco beneficioso para el desarrollo y realización de un ser humano. De ahí por ejemplo el morbo y el alarmismo mediático de los casos de pederastia entre sacerdotes católicos. Tampoco se comparte ni se comprende, por otro lado, su postura ante el divorcio, el aborto o el derecho a la eutanasia, ya que desde la óptica moderna atentan contra la libertad individual tan apreciada (sagrada).

De modo que algunos de los valores religiosos del catolicismo se tornan contravalores para la modernidad laica, y viceversa, los valores modernos son contravalores para las autoridades eclesiásticas.

Todos estos rasgos tienen el común denominador de que, si se sigue la

doctrina de la Iglesia, sitúan al sujeto en una posición bajo el control o bajo la tutela moral de la Iglesia, en asuntos en los que ésta ha perdido cualquier capacidad de persuasión, y cuando lo que buscan los nuevos creyentes es justo lo contrario, es decir, tener un sentimiento de control personal de su religiosidad y de su propia vida, y no de "sentirse gobernados". La autonomía de pensamiento y actuación es hoy un valor sagrado para el hombre actual, que, en caso de conflicto, se prioriza frente a otros principios sagrados de la religión o cualquier otro sistema de normas.

Personalmente mantengo la tesis de que son precisamente estos elementos en conflicto, y otros similares, los que son las principales causas (aunque no únicas) del distanciamiento de la población respecto de la Iglesia y de su religiosidad "de iglesia", y no el mero hecho de que la sociedad se vuelva menos religiosa, menos espiritual o menos creyente, más materialista, más inmoral, o amoral, o menos orientada a los valores, etcétera; aspectos discutibles y muy matizables todos ellos, cuando menos.

## **5. Retrato de la religiosidad centrífuga**

El "religioso centrífugo" prototípico es una persona educada en la religión (católica) pero también y por encima de su educación es sensible a los nuevos estilos de vida, nuevos valores y mentalidades, porque ha ido cambiando al hilo de los acontecimientos sociales o, si éste es joven, ya se ha educado en dichos nuevos valores. Debido a que estas orientaciones han influido decisivamente en él, se identifica poco y cada vez menos con la ortodoxia católica, y se ha ido desconectando de

la parroquia y de las misas (o quizás nunca ha estado vinculado a éstas, algo que cada vez es más frecuente entre los jóvenes). Pero sigue manteniendo su identidad religiosa católica o cristiana, y sigue concediendo en su vida una gran importancia a la religión, a pesar de haber perdido la confianza en la Iglesia-institución. Como la religión sigue siendo importante y ya no confía en la institución eclesial, ni encuentra referencias ejemplares en esta forma de religiosidad que proclama la institución, el sujeto se encuentra en un trance difícil, que acaba dando lugar a una profunda reelaboración de su religiosidad.

La reelaboración religiosa entre estos católicos centrífugos suele presentar los siguientes rasgos característicos. Se desarrolla una visión "desencantada" y "desacralizada" de la Iglesia-institución y de su papel en la historia y en el mundo actual. Es decir, se la ve como una organización "humana" hecha por hombres y por tanto sujeta tanto a aciertos como a errores. El Papa no es infalible, los cardenales y obispos tampoco, y se tiene la visión de que son una organización conservadora que no se adapta al ritmo de los tiempos.

El sistema de creencias también se desdibuja. La Biblia (piensan) tiene errores, datos incorrectos o ficticios. Es considerado por estos un libro de inspiración sagrada, pero alegórico y anclado en otros tiempos, de cada vez más difícil aplicación a la vida actual. Determinadas creencias ya no convencen y se abandonan, sobre todo las relativas al concepto de pecado y a la "culpa": la existencia del infierno y del demonio ya no es plausible para la mayoría; se perciben como un "cuento". Por otro lado, la virginidad de María se torna irrelevante, como

también lo es en general la virginidad de las mujeres (o de los hombres), dejando de ser plausible; "otro cuento", y éste (de mayor importancia simbólica de lo que al principio pudiera parecer) con moraleja "machista". En general, la escatología pierde relevancia y credibilidad; ni el juicio final ni la reencarnación son dignas de crédito tampoco, porque en una sociedad en la que el disfrute es un valor, los conceptos de pecado y de castigo divino pierden fuerza, así como las creencias vinculadas a estos. Se duda acerca de la vida más allá de la muerte, y no se acierta a imaginar cómo será el más allá, dado que el imaginario tradicional popular se ha abandonado, por ser considerado "pueril" o concretamente en España a menudo "nacional-católico" o "franquista". No obstante, la gran mayoría creen en una vida más allá de la muerte, y es precisamente esta creencia en el más allá uno de los elementos más decisivos de su autopercepción como personas religiosas. También creen en Dios y en el origen divino de Jesucristo. Pero no mucho más del cuerpo de creencias católico.

Pese a que han abandonado la asistencia regular a misa, rezan con frecuencia, siendo ésta la principal práctica religiosa a través de la cual reafirman y actualizan su religiosidad. Cuando rezan suelen dirigirse ante todo a Dios, o a Jesús, seguido de otros seres espirituales, como María o los santos. Estos sujetos siguen siendo religiosos (así se autoperciben) porque rezan habitualmente, porque buscan a Dios y porque interpretan los acontecimientos de la vida y el sentido de la misma en clave religiosa. También porque desean tanto o más que los "ortodoxos" que su vida mantenga una impronta espiritual.

Siguen considerándose católicos (y/o cristianos) porque siguen creyendo en el Dios y en la figura de Jesús en los que fueron educados.

Aunque su identidad religiosa es ante todo cristiana (la gran mayoría afirman incluso ser católicos) no consideran que la suya sea la única religión verdadera y están abiertos a otras religiones en la creencia de que todas tienen algo de auténticas (también piensan que todas, incluida la propia, tienen mucho de humanas). Religiosamente hablando tienen una predisposición al "universalismo" y no es infrecuente que se inspiren en otras religiones en su forma de reconstruir su religiosidad y espiritualidad. Dicha inspiración no provoca (salvo rarísimas excepciones) una conversión radical, sino simplemente un préstamo que se fusiona con su identidad cristiana-reelaborada, la cual no resulta dañada ni disminuida con estos contactos. Otras religiones no cristianas carecen de la tensión que se da hoy en el cristianismo entre ortodoxia y modernidad, como es el caso de las religiones orientales, por lo que no es extraño que los católicos que viven sin Iglesia flirtean, sin ataduras, con dichos credos remotos, en la búsqueda de una expresión de religiosidad que necesitan forzosamente reinventar. También lo hacen algunos católicos "de Iglesia", pero ellos con mayor motivo.

Una de las características esenciales de este proceso de reelaboración

religiosa es que es individual; lo realiza el sujeto desde sí mismo, desde su intimidad. Esta forma de religiosidad a diferencia del pasado reciente, no se vincula con grupos o instituciones sociales, sino que "va por libre". Si no "cristaliza" socialmente, corre el peligro de diluirse con el paso del tiempo, dado que los fenómenos sociales y culturales han de estar arraigados en grupos e instituciones sociales. Cabe preguntarse por tanto si esta forma de religiosidad, pese a que en nuestro tiempos aumenta, no será sino una forma de "religiosidad residual", es decir, una religiosidad en vías de extinción. Cabe preguntarse hasta qué punto hoy aumentan debido a que la mayoría de la sociedad ha tenido una importante educación religiosa, de la que cuesta desprenderse. ¿Qué pasará con los jóvenes que no están siendo educados en la religión (cada vez hay más)? ¿Se acogerán a esta forma de religiosidad o directamente pasarán a engrosar las filas de la increencia?

## 6. Una visión prospectiva

Una pista para responder a estas preguntas nos la puede dar la observación de la religiosidad centrífuga entre distintos grupos generacionales. Si ésta fuese mayor entre los más jóvenes, sería predecible una tendencia a seguir expandiéndose en un futuro próximo. Véanse los datos de la siguiente tabla:

<b>Tipología de religiosidad según década en la que nacieron: (%)</b>							
	Hasta 1929	1930-39	1940-49	1950-59	1960-69	1970-79	1980 y +
Eclesiales	47	39	29	16	14	6	7
Laxos	24	27	25	25	21	21	18
Centrífugos	11	13	17	25	23	22	21
Arreligiosos	18	20	29	35	42	51	55
<b>N=</b>	<b>(288)</b>	<b>(350)</b>	<b>(341)</b>	<b>(360)</b>	<b>(469)</b>	<b>(495)</b>	<b>(106)</b>

Fuente: Encuesta Europea de Valores, 1999. Datos para España. Elaboración propia.



La religiosidad centrífuga alcanza su cota más alta (25% de los entrevistados) entre los nacidos durante la década de los cincuenta. Hasta dicha década se observa un aumento progresivo de esta forma de religiosidad, pero entre los nacidos durante o después de los sesenta deja de aumentar. La proporción de centrífugos se estabiliza, incluso tiende a una ligera disminución. Parece que entre los jóvenes el crecimiento de la religiosidad centrífuga está limitado por ahora por la expansión de la arreligiosidad, la cual parece que va a continuar aumentando en el futuro a medio plazo. Pero no por ello parece que vaya a disminuir a medio plazo su presencia en el conjunto de la población española. Al revés, la religiosidad centrífuga crecerá en España en los próximos 10 años, aunque sólo sea por el mero reemplazo generacional (su proporción seguirá aumentando al morir los más mayores, que son los menos "centrífugos", e incorporarse nuevos contingentes juveniles, más proclives a ello).

Si además se agudizan o no se olvidan las tensiones entre Iglesia y Estado (o religión *versus* laicismo, o similar) como está ocurriendo ahora, el incremento será todavía mucho mayor. Téngase en cuenta que aún no se conoce, por reciente, el impacto que puede haber causado la llamada "polémica del condón" en el distanciamiento de la Iglesia (con toda probabilidad es mayor en 2005 que en los años inmediatos anteriores), por lo que la situación que describen los datos presentados aquí pueden estar subestimando la importancia real de la religiosidad centrífuga durante 2005.

Es decir, si la Iglesia no reacciona y se mantiene en su línea actual, esta forma de religiosidad seguirá aumen-

tando, en detrimento de las religiosidades "de Iglesia" (tanto en su vertiente "practicante" como en su vertiente "no practicante"), sin que el avance de la arreligiosidad (también predecible) suponga de momento un freno a su expansión. Sin embargo a largo plazo (y siempre suponiendo que las tendencias actuales no cambien sustantivamente) se produciría previsiblemente su estancamiento o incluso quizás su retroceso, debido al avance de la arreligiosidad en las nuevas generaciones. Por otro lado, cabe señalarse que la identidad no religiosa, indiferente, agnóstica o atea, parece que en un futuro próximo podría aumentar sensiblemente su presencia social, dado que aumenta progresivamente en los grupos generacionales a medida que éstos son más jóvenes.

El futuro de la religiosidad sin Iglesia dependerá sobre todo de la evolución de la "oferta religiosa", es decir, de un lado, de que se mantengan o se modifiquen las actuales posiciones de la Iglesia católica, y de otro lado, de que surjan o no otras ofertas religiosas (o pseudo religiosas) alternativas, capaces de atraer a este colectivo de creyentes. Si no se produjesen ninguna de estas dos circunstancias, es imaginable un escenario en el que esta religiosidad acabe siendo "residual", un fenómeno en declive que quizás acabaría siendo absorbido por la increencia, y que hipotéticamente persistiría sólo mientras se siga manteniendo una educación religiosa en la infancia. Pero estos escenarios en el largo plazo pertenecen sólo al plano de la especulación teórica. Lo que es más predecible es que en el corto y en el medio plazo la religiosidad centrífuga seguirá atrayendo a cada vez más creyentes.